

Discurso de Arturo Umberto Illia al asumir la presidencia de la República en 1963

12 de octubre de 1963

Arturo Umberto Illia

Fuente

Luis Alberto Romero y Luciano de Privitellio, Grandes discursos de la historia argentina. Buenos Aires, Aguilar, 2000.

Iniciamos hoy, con el juramento que acabamos de prestar, una nueva etapa en la ya larga lucha por afianzar definitivamente en la Argentina los principios de la democracia y de la libertad.

La Constitución Argentina es, sin duda alguna, una de las más libérrimas, humanistas y generosas de la tierra. [...]

Pero la democracia que la Constitución ha escogido como forma de vida nacional y que resulta maravillosamente enunciada en su Preámbulo y en la Declaración de Derechos, Libertades y Garantías, está muy lejos de haberla realizado a satisfacción.

[...] La democracia argentina necesita perfeccionamiento; pero que quede bien establecido: perfeccionamiento no es sustitución totalitaria. Lo que nuestra democracia necesita es ser auténtica expresión de su verdadera esencia.

Este propósito de perfeccionamiento de nuestra democracia , como forma de vida, no podrá lograrse a no ser que estemos resueltos a aceptar modificaciones sustanciales en las actuales estructuras económico – sociales de nuestro país, que devuelvan al pueblo argentino la fe en sus instituciones y gobernantes, y lo alienten para hacer todos los esfuerzos y soportar todos los sacrificios necesarios, para afianzar el orden jurídico y materializar el progreso en todos los órdenes de la vida nacional.

Es urgente proceder a modificar y reestructurar un estado de cosas, que por injustas son inhumanas, e instaurar un orden social basado en la justicia.

[...] El concepto social de la democracia no es nuevo, ni es sólo nuestro, se nutre en la filosofía social contemporánea. Este concepto de la democracia, justo es reconocerlo, es también compartido por la mayoría de los partidos políticos argentinos.

[...] Esta es la hora de la reparación nacional a la que todos tenemos algo que aportar. Esta es la hora de la gran revolución democrática, la única que el pueblo quiere y espera; pacífica sí, pero profunda, ética y vivificante, que al restaurar las fuerzas morales de la nacionalidad, nos permita afrontar un destino promisorio con fe y esperanza.

Esta es la hora de las grandes responsabilidades. La transformación nacional que nuestro concepto de democracia, así como las necesidades del desarrollo y el propio índice de crecimiento demográfico nos imponen inexcusablemente a los argentinos, no podrá ser afrontada sólo por una

parcialidad política, sino que demanda el esfuerzo conjunto y la responsabilidad de toda la Nación.

Esta es la hora de los grandes renunciamentos en aras del bienestar de la comunidad; quien así no lo entienda está lesionando al país y se está frustrando a sí mismo.

Nunca, en las últimas décadas, la Argentina ofreció un panorama con mayores vivencias democráticas que éste que queda hoy perfilado en todo el país. Nunca el Congreso Nacional tuvo mayor representatividad a través de sus diversos matices de opinión. Nunca hubo tantos gobiernos provinciales con expresiones diferentes en cuanto a su origen partidario. Ni nunca fue mayor la diversidad de fuerzas que hoy se instalan en cientos de comunas que han de constituir tonificante manifestación de auténtica democracia.

Todas las fuerzas políticas participan desde hoy, en mayor o menor medida, según haya sido su circunstancia electoral, en el gobierno de la cosa pública. Este hecho, de suyo significativo, compromete la responsabilidad del conjunto.

En este proceso de recuperación y transformación social argentina, el Poder Ejecutivo cumplirá su parte.